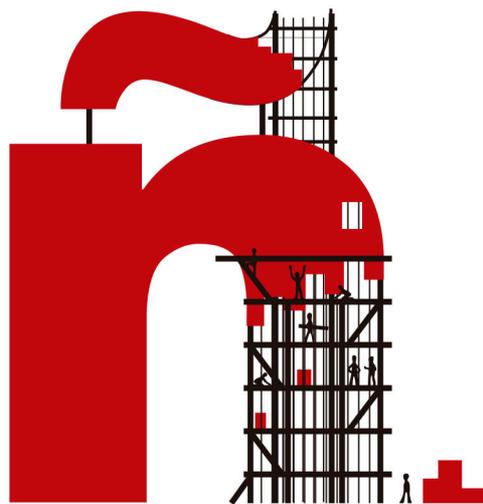


CARLOS LEÁÑEZ

POR QUÉ
EL FUTURO
ES HISPANO



EL PODER GLOBAL DE LA HISPANIDAD
A TRAVÉS DE LA POBLACIÓN, LA
LENGUA Y EL CIBERESPACIO

SEKOTIA

CARLOS LEÁÑEZ ARISTIMUÑO

*Por qué el futuro
es hispano*

*Poder global de la hispanidad a través de la población,
la lengua y el ciberespacio*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© CARLOS LEÁÑEZ ARISTIMUÑO, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: mayo de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

MAQUETACIÓN Y CORRECCIÓN: HELENA MONTANÉ

info@almuzaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-72-8

Depósito legal: CO-839-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A Carlos Leáñez Sievert, mi humana roca.
A Philippe Rossillon, mi maestro en lengua y poder.*

Dos principios católico-romanos me resultan admirables
y los comparto sin titubeo, a saber:
que todos los seres humanos son hijos de Dios, si lo hubiera,
y que están dotados de libre albedrío.

MARÍA ELVIRA ROCA BAREA

Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres
en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación
y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen
español derramadas sobre los dos continentes.

ANDRÉS BELLO

Saber que procedemos de una gente que se batió con los tres océanos
nos defiende de la tentación de acostumbrarse a una charca.

ADELAIDA SAGARRA

ÍNDICE

PRÓLOGO	
HISPANIDAD: LA LENGUA COMO EJE DE UN FUTURO PROMISORIO ...	11
NOSOTROS, LOS HISPANOS	17
INDISPENSABLE:	
UNA APRECIACIÓN JUSTA DE LO HISPÁNICO	21
¿Perdón? No, gracias.....	21
1492: España acaba con el aislamiento americano.....	24
Con el Imperio español nace un nuevo pueblo.....	26
La mortal amputación de lo hispánico en América	27
Ni paraíso precolombino ni infierno español	31
Basta de evolución... ¡viva la revolución!	34
Si cae la leyenda negra, reaparece la unidad.....	36
Algunas piedras en el camino de retorno a la casa grande.....	38
La necesidad de un gran relato panhispánico.. conducente	44
El combustible de la hispanidad: trascendencia, pertenencia, adaptabilidad	46
Palpemos el relato común: efemérides panhispánicas	47
IMPOSTERGABLE:	
RESTAURAR LA AUTOCONFIANZA COLECTIVA	51
La batalla cultural ha de ser dada.....	51
La rebelión hispanista: recuperación de anclajes veraces y útiles.....	52
NUESTRO TERRITORIO:	
LA LENGUA ESPAÑOLA	61
Un país mucho más grande.....	61
La lengua es el territorio de lo humano.....	62
La lengua española es el territorio del hispano.....	64
Una lengua grande, fuerte y unida... pero... ..	65
Aprovechar y proteger la lengua: hablantes cabales.....	67
Todos los términos en todos los ámbitos	73
El reto tecnológico del español: la convergencia	

de la inteligencia artificial con el procesamiento de lenguaje natural	79
El español en todo territorio hispanohablante: para todos y en todos los ámbitos	91
Hablemos español fuera de nuestras fronteras.....	94
Caen las pequeñas lenguas, cae el inglés... ¡y sube el español!	99
¿Importa cuántos estudian español como lengua extranjera en el mundo?	123
Urgente: una institucionalidad panhispánica de amplio espectro.....	126
LA CIBERHISPANIDAD POLÍTICA:	
ACELERACIÓN CENTRÍPETA.....	143
Internet es la patria.....	143
El móvil (o celular): palpitante órgano vital	144
En el ciberespacio como en casa.....	145
Amplio ancho de banda y rauda velocidad: factores indispensables	147
Foto general: el ciberespacio está bien ocupado por la hispanidad	150
El despliegue de la ciberhispanidad política	151
Un antecedente de lucha panhispánica exitosa: la batalla por la ñ.....	154
CÁPSULAS RECAPITULATIVAS.....	157
CONCLUSIONES	165
EPÍLOGO	167
BIBLIOGRAFÍA.....	169
ANEXO. LENGUA PARA LA LIBERTAD Y LIBERTAD PARA LA LENGUA EN VENEZUELA.....	177

PRÓLOGO

HISPANIDAD: LA LENGUA COMO EJE DE UN FUTURO PROMISORIO

«*Queda la lengua materna*»

Hannah Arendt (1964), respondiendo
a Günter Gaus al preguntar este
qué queda tras el horror nazi.

«En Hispanoamérica somos víctimas de un relato que es completamente falso... ¡y muy peligroso!». Con esta frase, que resuena ya en la conciencia de muchos amantes de la Hispanidad, se inicia la película *Hispanoamérica, canto de vida y esperanza*, de José Luis López-Linares. Evidentemente, en esta decisión del director no hay ninguna casualidad. Con elegante precisión, la oración enuncia y condensa en sí misma la esencia de este magnífico largometraje. La formulación, además, se ve potenciada con el efecto que ejercen la voz incisiva de su autor y la cadencia particular que este le imprime a sus palabras. En este sentido, es llamativo que el correlato visual ofrecido por López-Linares sea el de un río que se abre paso en medio de la jungla, conduciéndonos sigilosamente hacia lo remoto y lo desconocido. Desde el comienzo queda planteada así toda la gravedad del tema, mientras se siembra una profunda expectativa con respecto a lo que viene a continuación.

Puedo decir con orgullo que el autor de esa frase ya célebre es mi gran amigo, el profesor Carlos Leáñez Aristimuño. En ella se reconocen todos los rasgos característicos de su estilo particular, plasmado por igual a lo largo de sus textos y conferencias. Muchas veces he podido constatar el efecto que su estilo singular es capaz de ejercer ante nutridos auditorios. Carlos Leáñez sabe expresar lo profundo y significativo con sencillez y brevedad, dotando de color y textura lo que de otro modo podría resultar árido y opaco. Se vale, para ello, no solo de un gran manejo de los tiempos y las pausas, del énfasis y del humor, sino también de un sabio uso de las metáforas y las vivencias personales.

Detrás de esa panoplia de recursos discursivos subyace el hábito y el ojo experto del buen lingüista. Leáñez comprende a cabalidad el poder performativo que las palabras ejercen sobre los seres humanos y lo emplea con maestría. Acostumbra hurgar en cada vocablo, diseccionándolo para extraer de allí novedosas líneas de significado. En otras palabras, analiza, reflexiona, piensa. Desarma y rearma los edificios lógicos sobre los que solemos discurrir de modo inadvertido. A partir de esa base, y mediante referencias constantes a vivencias concretas experimentadas en el mundo, nos plantea una nueva manera de entenderlo. De ahí ese eureka que muchas veces he visto reflejarse en los rostros de quienes lo leen o escuchan; esa sensación de que ante ellos siempre hubo una realidad otra a la que previamente no habían tenido acceso.

Pero nada son los conocimientos, capacidad y estilo personales si no cuentan con un objeto que fije su atención, sin una pasión que los motorice. Los afectos más profundos han llevado a nuestro autor a concentrar sus talentos en el estudio, defensa y promoción de la Hispanidad. Desde su Venezuela natal, reconoce su hogar en cada rincón de ese inmenso continente que es la lengua española. Recordemos que, para los antiguos griegos, padres de la civilización occidental de la que la Hispanidad es una frondosa rama, la polis era aquel topos específico regido por un logos concreto; el territorio en el que la razón humana, materializada en

palabras, le permite al ser humano levantar un universo dotado de sentido frente al caos exterior. En concordancia con lo anterior, Leáñez examina y defiende la polis panhispánica desde los cimientos de su lengua común.

De todos los pilares que han sustentado alguna vez la unidad panhispánica (la fe católica, la corona, las leyes comunes, la unión monetaria, etc.), la más profunda y enraizada de todas; la que mejor ha resistido los embates extranjeros y las pulsiones suicidas; la que ha preservado mejor la Hispanidad porque opera desde un estrato previo a la conciencia es la lengua española. Se ha mantenido allí, regularmente empleada pero en el fondo inaccesible para quienes, en vez de pensar, suelen discurrir a través de fórmulas importadas y prefabricadas (práctica asidua y recurrente, por desgracia, entre nuestras élites). La Hispanidad sigue siendo un hecho colosal, a menudo contra sí misma, gracias a su lengua; esa lengua que opera como una buena madre que vela por la vida de sus hijos aún inmaduros, inconscientes todavía del tesoro que en suerte heredan.

Como hispanista devoto y lingüista consumado, Leáñez conoce, aprecia y se maneja con soltura en varias lenguas europeas, pero al mismo tiempo, sin que medie en ello contradicción alguna y precisamente por ello, defiende la nuestra con pasión y fundamento. Así como su compatriota Andrés Bello —venezolano por nacimiento, chileno por adopción e hispanoamericano por herencia y convicción— se aferró a nuestra unidad lingüística como último e inexpugnable reducto para eludir la fragmentación total del imperio común, Leáñez propone ahora convertirla en el pilar para una ofensiva civilizacional.

Una ofensiva que, tal como nos explica nuestro autor, solo será posible tras experimentar una necesaria anagnórisis; ese (re) conocimiento de sí, esa comprensión de la propia grandeza a la que solo podremos acceder al identificarnos con la dimensión panhispánica que hoy custodia, de forma tan inadvertida como solitaria, el insólito vigor de nuestra lengua común. Anagnórisis que a su vez requiere la victoria de esa fuerza común sobre los

pequeños intereses de élites parroquianas; los ánimos apocados de quienes no han sido enseñados a pensar en grande; la ignorancia insulsa del idiota que vive ajeno a las dinámicas que lo dominan; y las agendas externas que operan sigilosamente al abrigo de la subordinación cultural disfrazada de prestigio social.

Leáñez observa que esa reacción está en marcha, por etapas, a través de lo que llama la rebelión hispanista en curso. Una rebelión encabezada por un puñado de autores y divulgadores que, sin embargo, crece sin cesar, y que hoy afronta su oportunidad dorada, en un mundo en el que las principales distancias no son ya temporales ni geográficas, sino culturales e idiomáticas. En ese mundo nuevo que emerge con toda celeridad, dominado por las dinámicas que imponen la interconexión permanente y la inteligencia artificial, el continente de la lengua española enfrenta retos y oportunidades de las que solo saldrá airoso si la Hispanidad cobra plena conciencia de sí, y si se decide a plantarles cara unida, como bloque civilizacional firmemente articulado en torno a su lengua común.

Es importante, además, señalar que Leáñez es un venezolano del último entresiglo. Su vida, como la de tantos compatriotas nuestros que a menudo dicen «venir del futuro», está marcada por el drama de la destrucción absurda y total a la que nos pueden arrastrar no las guerras, no los desastres naturales, sino las ideas aviesas y las voluntades torvas. Ideas y voluntades que en el seno de la Hispanidad suelen seguir, invariablemente y al pie de la letra, las patrañas forjadas al calor de la leyenda negra antiespañola. Siglos después, esas patrañas nos siguen arrastrando al odio pueril, a la vergüenza absurda, al acomplejamiento lacerante, injustificado y vengativo. La Venezuela de este primer cuarto de siglo es, por desgracia, una muestra de los desvíos y peligros que le aguardan a cada hispano, a la vuelta de la esquina, como no seamos todos capaces de rescatar una visión común y equilibrada de nuestro pasado, apta para entender quiénes somos en realidad y las enormes potencialidades que tenemos aún por desarrollar.

Leáñez forma parte de la vanguardia que avanza indetenible en ese rescate del hispanismo. Aporta elementos de juicio imprescindibles en un ámbito crucial como es el de la lengua, en el que ha venido reflexionando durante décadas. En este libro, y con su acostumbrada elocuencia, nos ofrece sus mejores recursos y argumentos para ayudarnos a comprender el hecho inmenso de la Hispanidad, el valor colosal de su lengua común, la naturaleza de los retos que afrontamos en el mundo de hoy, y las grandes oportunidades que podemos aprovechar si nos decidimos a actuar conjuntamente.

Y lo hace con el mayor de los optimismos. Para Leáñez, el futuro es hispano porque entiende y confía en el potencial gigantesco de la lengua española. En ese gran buque que es nuestra realidad panhispánica, la lengua lo es hoy casi todo. Es casco que contiene; velamen que se hincha y propulsa; mástil que sostiene las velas, y timón que marca la dirección. Solo hacen falta tripulación y gobierno dotados de ánimo y visión, con el corazón henchido de bravura y ambición, dispuestos a emprender una travesía que los lleve a descubrir y levantar nuevos continentes. Sopla el viento de popa. Es hora de soltar lastre y cortar amarras.

Miguel Ángel Martínez Meucci*
Madrid, 16 de marzo de 2025

* Dr. en Conflicto Político y Procesos de Pacificación por la Universidad Complutense de Madrid. Politólogo y consultor político, ha sido profesor en diversas universidades de Hispanoamérica.

NOSOTROS, LOS HISPANOS

A finales de los setenta del siglo pasado vivía yo en Alemania, en la primorosa ciudad de Friburgo de Brisgovia, lejos de mi Caracas natal. Todos los días almorzaba en el muy funcional e industrial comedor universitario. Una vez depositada la bandeja sobre la cinta transportadora que llevaba platos y cubiertos a un lavado automático fascinante, se abría para los estudiantes una bifurcación: cafetería o salida. Con frecuencia optaba por la primera. Era una cafetería bulliciosa, grande, informal y llena de humo de cigarrillos. La mayoría de la gente —alemanes— estaba en mesas aisladas o en la barra. Pero, hacia un extremo, había casi siempre un reagrupamiento de mesas y sillas del que emanaban carcajadas, apiñamiento, voz alta, mucho contacto físico. Allí había de todo —mexicanos, uruguayos, peruanos, españoles, colombianos...— con tal de que hablase español. Era un recodo de afecto, solidaridad, nostalgias y una suerte de ejercicio constante de comparaciones en donde con frecuencia el tema era la sorpresa que nos causaba el modo de ser alemán. Es decir, ellos, una cosa; nosotros, otra. Ellos, los alemanes; nosotros, los hispanos.

Cuando estamos ante los otros, como en esa cafetería alemana, queda claro que somos un *nosotros*; cuando estamos entre nosotros, queda claro que somos argentinos, salvadoreños, venezolanos; cuando estamos entre venezolanos, queda claro que somos orientales, maracuchos, andinos, caraqueños; cuando estamos entre caraqueños... y así podemos subdividir adscripciones hasta

llegar a cada individuo en concreto. Cada persona se mueve a todos los niveles, desde la humanidad, que a todos nos contiene, hasta, pasando por toda una serie de instancias intermedias, su individualidad irreductible. Pero la humanidad no es un idílico paraíso: es un terreno de tensiones en el que grupos y entidades de todo tipo se despliegan para ser más poderosos que otros, buscando con frecuencia dominar, o peor, eliminar a los otros. Es decir, la hispánica mesa de la cafetería en Alemania, esa casa grande común, podría desaparecer a manos de esos grupos. Cabe entonces preguntarse: ¿podemos los hispanohablantes en modo archipiélago hacer frente a los retos de la globalización sin correr el riesgo de que nuestros rasgos se evaporen, sin que, dolorosamente, veamos cómo se desfigura nuestra lengua, se desdibujan nuestras costumbres, se alejan los referentes de todo tipo que articulan nuestras vidas? Separados nunca. Debemos arrimarnos al más grande paraguas común disponible —el nosotros de la mesa en Alemania— para ser fuertes ante los gigantes e impedirles que sigan condicionando el timón de nuestra nave, manteniéndonos en coordenadas de fragmentación, subordinación y alienación; arrinconándonos en una periferia de hostelería, materias primas y maquila.

Por encima de cada uno de nuestros países y antes de diluirnos en la humanidad toda, está nuestro nivel óptimo de inserción en el mundo: la civilización hispánica. Óptimo porque en él estamos ante un grupo inmenso —500 millones— con rasgos básicos comunes absolutamente tangibles —lengua española, historia y tradiciones compartidas, una cultura de base católica— que crean unas coordenadas —específicas y comunes— lingüísticas, religiosas, políticas, familiares y relacionales que generan una manera distinta de estar en el mundo. Dada la potencia que implica nuestro gigantesco tamaño y extraordinario legado cultural, si logramos reajustarnos y operar razonablemente unidos ante el mundo, podemos encontrarnos entre las culturas que generan lo nuevo y se adaptan a los cambios sin perder su rostro en el camino. Pero los hispanohablantes vivimos sumidos en rela-

tos inhabilitantes que —desde comienzos del siglo XIX y hasta hoy— nos mantienen irresolutos, desatinados y claramente dispersos. Y no solo eso: a coro con el resto de Occidente, ha cundido también entre nosotros, ya en el siglo XXI, una posmodernidad gaseosa y nihilista alérgica a todo lo que huele a grandeza. La plaza del pueblo y la subjetividad radical parecen ser los nuevos —y únicos— horizontes lícitos e imaginables.

Pero surgen en el horizonte signos robustos que envían señales de detección, tanto de los relatos inhabilitantes, como del nihilismo. También de sus lamentables consecuencias. Lo que antes era vivido como una condición real permanente es hoy percibido por muchos como una condicionante improbable e inducida que puede —y debe— ser combatida. Y, en efecto, lo está siendo: ha surgido una auténtica rebelión de hispanistas, divulgadores, escritores, documentalistas, asociaciones, yutuberos y otros que está generando un contraflujo de opinión que mucho nos ocupará en las líneas siguientes. No, no somos estandartes de la maldad, el atraso y la irracionalidad.

Los hispanos somos esa porción de Occidente que, de verse a sí misma con nitidez, será clave para proponer una alternativa civilizacional que supere los darwinismos, nihilismos, colectivismos, relativismos, totalitarismos y fundamentalismos que arrinconan al mundo. Hemos simplemente de, por un lado, reconectar —actualizándola— con nuestra grandeza histórica olvidada de amplísimos horizontes y ejecutorias, y, por otro lado, percibir cabalmente nuestro increíble potencial actual, hoy desperdiciado. Pasaremos entonces de la periferia al centro, de la subordinación al liderazgo, del victimismo al protagonismo, de la impotencia a la fuerza, de la dispersión a la unidad, de la alienación a la autenticidad, de la vergüenza al orgullo, del resentimiento a la gratitud.

La plenitud hispana es factible como nunca antes y es lo que busca hacer evidente este libro.

El futuro será hispano.

**INDISPENSABLE:
UNA APRECIACIÓN JUSTA
DE LO HISPÁNICO**

¿PERDÓN? NO, GRACIAS

Corría el año 1969. La mañana era fría y débiles los rayos del sol. Rabioso, me hallaba a mis once años ante las puertas de una escuela desconocida, muy lejos de mi natal Venezuela, luminosa y tropical. Era mi primer día de clases en Suiza. Solo sabía decir que no hablaba francés, que hablaba español: «*Ye ne parle pa francés, ye parle español*». Tal como se lee lo decía, sin el más mínimo esfuerzo de pronunciación. Quería que se notase de entrada que yo no era de Ginebra, que yo venía de lejos, que estaba allí a disgusto, que mi pertenencia era solar e hispanohablante. Apreté los puños y entré. El viento frío soplaba en mi cara. Unas hojas caídas formaban remolinos en un patio donde niños comedidos jugaban juegos que no entendía y hablaban un idioma por completo ajeno. Cerré los ojos y pensé con una sonrisa en mis amigos revoltosos corriendo en un patio ruidoso y fresco en la temprana mañana caraqueña. De repente, mi ensoñación fue interrumpida por un dedo insistente que punzaba mi hombro izquierdo. Entreabrí los párpados y distinguí, en el patio ahora desierto, un rostro de

mujer algo inquieto, pero sonriente. Me interrogaba: «¿Carlós? ¿Carlós?». Ese, y no Carlos, habría de ser mi nombre en aquellas tierras: Carlós. La miré, confundido. Le dije: «*Ye ne parle pa francé, ye parle español*». Ella asintió, me tomó de la mano y me llevó a un salón de clases en una casa que me pareció antiquísima. Allí se encontraban quienes habrían de ser mis compañeros y mi maestra, *mademoiselle* Travaletti, un dechado de paciencia, sabiduría y bondad. Me asignaron un puesto detrás de un escritorio —no eran pupitres— que compartía con un pecoso insoportable. Estaban pasando la lista. Entre la letanía de nombres indescifrables, me pareció distinguir uno que debía corresponder a alguien que seguramente hablaba español: Jorge. Era bajito —yo le llevaba casi dos cabezas—, flaco, de rostro enjuto, cabellos castaños lisos, cortados a lo Juana de Arco, y ojos de un marrón rotundamente oscuro. Su piel era algo menos clara que la del resto y su vestimenta algo más modesta, más gastada, una que quizás había pasado de hermano a hermano hasta llegar a él. Lo miré fijamente y decidí interrogarlo en el recreo. Llegado el momento, le pregunté: «¿Tú hablas español?». Respondió: «Sí».

El desprevenido lector pensará que la declaración de Jorge me llenó de dicha. ¡Alguien con quien hablar mi idioma en aquellos inhóspitos parajes! ¡Un amigo! Nada más alejado de lo que ocurrió esos primeros días. Jorge, sí, hablaba español. Pero el problema es que, apenas abrió la boca, me di cuenta de que *era* español: distinguí esas eses viciosas, esas zetas escupientes, esas jotas ásperas... *Decidí entonces que Jorge no podía ser mi amigo si no pedía perdón* y procedí a exigirselo —con toda firmeza— de inmediato. Sus ojos me miraron atónitos y algo temerosos —recordemos que le llevaba dos cabezas—. Pero se sacudió y osó decir: «¿Por qué?». Imaginando que con esto quedaría todo aclarado, dije solemnemente: «Soy de Venezuela, cuna del Libertador, Simón Bolívar». Y ocurrió lo para mí inimaginable: Jorge no sabía qué era Venezuela, algo que de por sí me resultaba insólito, pero... ¡no saber quién había sido Simón Bolívar era sencillamente imposible! Sumariamente, aclaré: «Ustedes vinie-

ron hace siglos a América y se dedicaron a matar, robar, abusar, destruir. Éramos sus esclavos hasta que llegó Simón Bolívar, el Libertador. Él les montó una guerra y los devolvió a España, de donde nunca han debido salir. ¡Pide perdón!». Jorge ladeó la cabeza y algo inquieto —no sé si por miedo o por dudas respecto a mi sanidad mental— me preguntó, tocando con el índice su sien derecha: «¿Estás loco?».

El lector —sobre todo si es español peninsular— se preguntará cómo llega una tierna criatura a tal grado de desatino y fanatismo. Y va mal encaminado si piensa que la respuesta se halla en la familia. ¡Qué va! Mi mamá era de corridas de toros, castañuelas y vino en bota. Misa los domingos, rosarios en semana, velas prendidas a la Virgen y a Jesús en un rincón de su cuarto. Montaba fiestas flamencas —que llamaba «despiporres»— en las que recibía vestida de bailaora fingiendo habla andaluza. No perdía una zarzuela que pasase por Caracas y oía música española en casa. Sin saberlo, era una española con acento caribe... Mi papá: un intelectual, un hombre de razón embebido de luces, un profesor, un bibliófilo. Sometía todo a escrutinio, ponía todo en perspectivas largas y comparadas. De una casa así, mal podían brotar mis fanáticas indignaciones antihispanas. ¿De dónde, entonces?

Los manuales escolares, las calles, las lecciones, las plazas, los chistes, los escritos, los programas, las obras, los proyectos... ¡mucho exuda un menosprecio —cuando no un odio— a lo hispánico en Hispanoamérica! Es el aire que respiramos y, como tal, pasa desapercibido como crudo montaje, es tomado como palmaria realidad. Ese aire glorifica a unos indígenas que jamás existieron como ángeles y estigmatiza a unos españoles que jamás existieron como demonios, cubriéndonos de resentimiento y vergüenza. ¿En beneficio de quién? De quienes promovieron una secesión cuyo saldo ha sido la fragmentación, la subordinación y la alienación que nos impiden —por considerarnos indignos o incapaces— actuar desde nuestra plenitud.

Es indispensable una apreciación justa de lo hispánico para entrar —con la talla, la musculatura y las actitudes requeri-

das— en la arena mundial. Para ello es crucial desmontar las ataduras y lastres que nos colocan en laberintos sin salida, ver que no somos viles depredadores o víctimas inermes, sino fundadores de un pueblo nuevo, lleno de vitalidad y alegría, pleno de ejecutorias asombrosas mientras estuvo junto.

Imaginemos por un instante que el pasado nos hubiese sido contado desde la apreciación justa de la historia común. Jorge y yo habríamos sido amigos de inmediato y nos habríamos encontrado en un mundo donde lo hispano sería un factor de poder respetado.

Pues bien, veamos antes que nada la falsedad de lo inhabilitante para irnos moviendo poco a poco hacia la apreciación justa desde estas primeras páginas. Cuando se disipe la niebla que nos pierde, se abrirá el horizonte magnífico que nos hemos dejado escamotear.

1492: ESPAÑA ACABA CON EL AISLAMIENTO AMERICANO

El *Homo sapiens* —el humano que somos todos— aparece en África hace unos 200 000 años. 130 000 años después forja el arma de colaboración colectiva más eficaz que haya existido: el lenguaje abstracto. Se posesiona así *sapiens* de signos compartidos que le permiten ir más allá del mundo de objetos tangibles y pulsiones inmediatas: puede imaginar el futuro, contar el pasado, trazar estrategias, generar mitos, concebir teorías. Con este instrumento —letal para quien se le oponga sin poseerlo— genera formas de organización que sacan del juego a los neandertales, alteran en profundidad el medio ambiente y conquistan Eurasia. En ese inmenso territorio, cohesionado paulatinamente por unidades políticas cada vez mayores, se dan infinidad de intercambios en anchas latitudes de clima relativamente benigno. Ello permite extrapolar experiencias entre sitios distantes. El hombre que emerge de este ancho hervidero es rico en aprendizajes fecun-

dos, marcos mentales amplios e incluso se hace con un dilatado espectro inmunológico. Despega, por lo tanto, cultural, económica, política y tecnológicamente... dejando muy atrás —aunque todavía lo ignoran— a los *sapiens* que habían quedado «aislados» en América y Australia.

América es colonizada hace apenas unos 18 000 años: *el hombre americano tiene unos 50 000 años menos de experiencia que su par afroeurasiático*. Por otra parte, *sapiens* se enfrenta en el nuevo continente a un territorio que se despliega longitudinalmente y en muy diversos relieves, una tierra que posee multitud de climas y obstáculos geográficos muy difíciles de salvar: los aprendizajes locales no se pueden extrapolar y no es posible realizar intercambios con la misma facilidad que en Afroeurasia. Todo ello ocasiona que las expansiones y conquistas que se daban en América se desplegaran en radios que no podían ir más allá de relativamente pequeñas porciones del propio continente. En efecto, los conquistadores autóctonos —caribes, mexicas e incas, entre otros— no poseían ni la tecnología ni las teorías que les hubiesen facilitado ir más allá de los pueblos y territorios que sometieron. Nadie duda de su ímpetu y voluntad, pero no poseían los medios para llegar lejos. El extremo occidental de Europa y China, sí. Tomaron la delantera los europeos: ponían la vista más en el horizonte marítimo que en las riberas fluviales.

El 12 de octubre de 1492 comienza la reconexión global de *sapiens*. Implicó muchas muertes: el hombre americano había permanecido 13 000 años prácticamente separado del inmenso hervidero de gérmenes afroeuroasiático. Así, muchos agentes patógenos portados por los europeos resultaban totalmente nuevos en América. Por ello, el mero contacto con los recién llegados —o con sus animales— ocasionó olas de viruela, gripe, sarampión y otras enfermedades en el nuevo continente que produjeron *la* reducción substancial de la población indígena indefensa que se dio en los momentos iniciales. Enfatizo el artículo: *la*. Los castellanos no tenían razones políticas, económicas o religiosas para proceder a un exterminio. En efecto, la Corona deseaba e

impulsaba el mestizaje; la Iglesia, la cristianización de las almas y el puñado de colonos-conquistadores necesitaba brazos para las faenas y combates innumerables. Ciertamente, ocurrieron —de lado y lado— atrocidades, *pero no provenían de política o directiva general alguna*, sino, esencialmente, del fragor inherente a la fase inicial de todo fenómeno de adaptación y expansión.

CON EL IMPERIO ESPAÑOL NACE UN NUEVO PUEBLO

Los europeos que pisan la tierra americana en 1492 llegan bajo los auspicios de Castilla. Vienen animados por relatos de gloria, riqueza y salvación; cohabita en ellos tanto el coraje inaudito y la briosa ambición, como la generosidad y la entrega; poseen, además, marcos mentales y tecnologías adecuadas para vencer la resistencia autóctona y generar tras ello un nuevo orden político. Es lo que ocurre. Un puñado de europeos —en buena parte castellanos— logra reconocer geográfica, cultural y políticamente la vastedad americana —territorio fértil en aislamiento, conflictos y opresión—, y se inserta con inteligencia en una dinámica vertiginosa de alianzas locales, pactos y confrontaciones tras las cuales resultan dominantes. Este dominio sella el nacimiento de Hispanoamérica —una nueva cultura— e inaugura un orden imperial que consolida a España como primera potencia mundial y la lleva a su apogeo territorial.

Cuando se asientan los polvos tras la victoria castellana, algo resplandece con nitidez: los recién llegados han venido para reproducirse en todos los órdenes, desde lo biológico hasta lo cultural¹. El todo sin suprimir al otro, sino integrándolo: se genera así una cultura mestiza en la que coexisten costumbres, len-

1 Los imperios contemporáneos al español son, en contraste, básicamente extractivos, se quedan en la costa. Y no se mezclan con los locales. En el caso de los ingleses, los relegan o exterminan.

guas y pueblos muy diversos unidos por un vínculo político —la Corona— relativamente laxo y otro, religioso —el catolicismo—, mucho más estrecho. Los castellanos, en efecto, ponen mucho más empeño en cristianizar que en hispanizar: cuando la batalla de Ayacucho cierra el ciclo imperial en tierra firme americana, apenas un treinta por ciento de la población habla español, pero prácticamente todas las almas se hallan bautizadas.

El orden imperial nos constituyó: *antes sencillamente no éramos*. Tal y como no éramos, como individuos, antes de que se uniesen nuestro padre y nuestra madre. Existían, claro, los ancestros, pero por separado. Por un lado, multitud de etnias americanas muy diferentes y con muy diversos grados de desarrollo y, por el otro, europeos enviados desde Castilla. Nacemos de esa forja mestiza inicial. Sin embargo, flota en el imaginario popular que los hispanoamericanos somos exclusivamente indígenas —santos— y, los castellanos, la otredad, los invasores —demonios—.

LA MORTAL AMPUTACIÓN DE LO HISPÁNICO EN AMÉRICA

Nadie disputa en los siglos XVI y XVII a España la hegemonía mundial: incluso Portugal y el actual Brasil llegan a estar bajo su dominio durante el reinado de Felipe II. El imperio se extiende ya hasta las Filipinas. Se acaricia la idea de una monarquía universal. Tiemblan las otras cortes europeas, incapaces de contrarrestar el poder español por medio de guerras frontales. De allí que tome especial relevancia la propaganda política por medio de panfletos ampliamente difundidos —poblados de ilustraciones falsas y aterradoras dirigidas a una población ampliamente analfabeta— en los que se presentaba a los españoles como una

síntesis cabal de crueldad, atraso y fanatismo². En diversas cocinas —italiana, holandesa, francesa, inglesa— se coció el caldo de cultivo que más ha aprovechado a los enemigos de lo hispánico: la leyenda negra antiespañola. Estos caldos fueron adaptados y puestos al día a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX gracias al impulso de la élite blanca hispanoamericana, deseosa de una secesión que requería argumentos... o, en su defecto, simple y llana propaganda.

El buen manipulador de mitos o leyendas conoce muy bien el terreno que pisa, no le gusta y quiere transformarlo en su beneficio. Busca entonces generar el «clima de opinión» exagerando lo negativo, borrando lo positivo, distorsionando lo que convenga. Si ello en sí mismo no resulta suficiente para subvertir el orden aborrecido, ha de servir como justificación de la violencia —física o simbólica— que habrá de ser empleada. Mientras más firme se halle instalado el orden que se pretende subvertir, menos efectivos serán los cambios a través del «clima de opinión» y más feroz habrá de ser la aplicación de la violencia, incluso con ayuda externa.

2 La obra de fray Bartolomé de las Casas generalmente no era leída cuando surgió: la mayoría de la población europea de la época era analfabeta. En este contexto, las ilustraciones que acompañaban sus escritos —hechas por personas que jamás estuvieron en América— se convirtieron en instrumentos clave de propaganda: captaban la atención del grueso del público y provocaban horrorizadas reacciones emocionales inmediatas. Sin embargo, es importante destacar que muchas de estas imágenes, como las que mostraban a sacerdotes quemando indígenas, conquistadores arrojando bebés a los perros, o representaciones de torturas extremas, *no corresponden con lo que Las Casas describe en su texto*. Además, su obra ha sido objeto de un notable debate entre historiadores y estudiosos. En efecto, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* ha sido criticada por la falta de especificidad en términos de fechas, lugares y nombres concretos de personas, lo cual lleva a cuestionar la veracidad de muchos de sus relatos. Se argumenta que, en su afán por resaltar atrocidades, Las Casas exageró ciertos incidentes o no proporcionó un contexto adecuado. En todo caso, esta obra tan cuestionable alimenta relatos esperpénticos que hemos dado por ciertos y que nos quebrantan seriamente como colectivo.

El pueblo llano de la América española —muy particularmente los indígenas— era de buen grado fiel a la Corona. No conocía este pueblo, en los albores del XIX, otro orden político. Era Hispanoamérica, además, uno de los sitios de vida menos dura en el globo: paz entre territorios, seguridad en los caminos, ausencia de epidemias, importantes universidades, alimentación adecuada y coexistencia de lo diverso arrojan como saldo lógico una prosperidad en alza y una demografía en plena expansión. El nuevo mundo hispánico superaba por mucho en todos los órdenes a las entonces escuálidas trece colonias de Norteamérica que habrían de dar paso a la primera potencia mundial del siglo XX. Superaba igualmente —con autonomía importante respecto a la capital del reino y substancial colaboración interterritorial americana— a la propia España peninsular, en plena crisis. Pero ello no valió de mucho: la élite blanca criolla, ansiosa de aún más poder, estaba dispuesta a la secesión y a pactar un nuevo orden con Inglaterra. Dado que la leyenda negra antiespañola no logró suficiente difusión ni asidero, la guerra civil de secesión hispanoamericana —nos parece inadecuado designarla como «de independencia»³— hubo de aplicar en algunos casos unas dosis de violencia física inaudita⁴. Sobre este desquiciamiento antropológico —portador de muerte y ruina para todos y que tornó a los indígenas en indigentes⁵— se montó la imposibilidad de eri-

3 El rótulo de «independencia» es uno puesto por los vencedores para su conveniencia: quien denomina domina. La palabra secesión es la que más se ajusta al fenómeno realmente ocurrido.

4 Un ejemplo claro lo constituye el Decreto de Guerra a Muerte de Simón Bolívar, expedido en 1813 en medio del fragor de la guerra de secesión: «Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América».

5 Un factor clave para entender esta entrada en la indigencia es que, tras la secesión, las nuevas repúblicas impulsaron políticas que resultaron en un despojo sistemático de las tierras indígenas. A través de leyes de reforma agraria, campañas militares de conquista y colonización, y la promoción de monocultivos como el café, los nuevos estados facilitaron la concentración de tierras en manos de terratenientes y colonos, privando a las comunidades originarias de sus territorios ancestrales. Este proceso, que se observa, entre

gir un orden político estable, una economía con una escala suficiente... y la hegemonía anglosajona. Esta última exigía, para reinar mejor, nuestra fragmentación *ad nauseam* y el que pasivamente aceptáramos ser proveedores de materias primas para un mercado mundial en el que se reservaban todo aquello susceptible de generar valor y avance científico-técnico o industrial. Así, impulsados por un segmento ínfimo —el más rico, el más poderoso— de la población, pasamos de ser una potencia mundial a veinte pequeñas repúblicas sin fuerza para ostentar una soberanía real o influir en las coordenadas del mundo.

La leyenda negra no fue exitosa para levantar al pueblo llano contra el orden imperial⁶, pero, tras la victoria secesionista —no estimo adecuado designarla como «patriota»—, las oligarquías locales, ahora con dos siglos de administración a cuestas, sí han

otros países, en México, Argentina, Chile, Guatemala y Colombia, no solo despojó a los indígenas de su principal medio de subsistencia, sino que también debilitó sus estructuras sociales y políticas, condenándolos a la marginalidad económica, la exclusión política y la aculturación, sentando las bases para profundas desigualdades que persisten hasta el día de hoy.

- 6 Muestra palpable de ello es el fracaso rotundo —por la vía de la total indiferencia popular— del desembarco de Miranda en las costas de Venezuela en 1806, reseñado por José Rodríguez Iturbe en su notable obra *Bolívar y la gestación de la patria criolla*: «Las fuerzas invasoras de Miranda habían aumentado. Contaba entonces con cuatrocientos hombres y nuevas unidades de su pequeña flota: cinco bergantines, tres cañoneras y dos barcos desarmados. El 3 de agosto de 1806 desembarcó en la Vela de Coro. Izó por primera vez en territorio venezolano la bandera tricolor. El 4 de agosto, al día siguiente, distribuyó en la localidad su *Proclamación a los Pueblos Habitantes del Continente Américo-Colombiano*. En esa proclama exaltó la meritocracia indicando «que los méritos pertenecen exclusivamente al mérito y a la virtud»; procuró la integración de una representación popular con delegados designados por las municipalidades; e hizo suyas las ideas del jesuita peruano don Juan Viscardo [1748-1798] en su *Carta dirigida a los Españoles Americanos* (cuyo texto repartió también Miranda). *No encontró, sin embargo, ningún respaldo popular*. La gente huyó dejando en total soledad los poblados al enterarse de que Miranda llegaba. A pesar de sus proclamas, *nadie se le unió; y pudo constatar en Coro una absoluta indiferencia*, no exenta de temor, ante la presencia de Miranda y sus acompañantes. Al verse *carente de toda ayuda*, Miranda abandonó territorio venezolano el 13 de agosto. Su invasión fracasada duró exactamente diez días» (destacados en cursiva míos).

logrado asentar en el hombre de a pie un relato que postula un indígena americano idealizado, sin rostro individual, perfectamente bueno, miembro de un bloque homogéneo que vivía en absoluta armonía con sus pacíficos vecinos y con la generosa naturaleza... hasta que irrumpieron los españoles, depositarios de la crueldad, el atraso y el fanatismo más radicales. Se trata claramente de la fusión de la leyenda negra con otro mito acarreado desde Europa: el de la expulsión del Paraíso, que trae aparejado el del buen salvaje. Esta letal mezcla de distorsiones, mentiras y amputaciones constituye la raíz más importante de nuestro destino e infortunio.

NI PARAÍSO PRECOLOMBINO NI INFIERNO ESPAÑOL

Jamás existió nada parecido a un paraíso poblado por «buenos salvajes» en tierra americana. Los indígenas debían lidiar con una naturaleza en extremo variada y hostil sin instrumentos adecuados ni animales que les fueran de clara ayuda. Demos apenas un trazo: la introducción por parte de los castellanos del arado y el buey —o la mula— multiplicó por veinte la producción de la tierra. Por otra parte, etnias, tribus e imperios americanos poseían lenguas, costumbres, deidades e intereses muy disímiles. Ello los mantenía separados⁷ y, en medida no despreciable, en constantes guerras de gran crueldad que solían saldarse en esclavitud, violaciones, forzosos tributos desorbitados y, no raras veces —cosa que ya no ocurría en Europa—, sacrificios humanos y/o antropofagia. Estos antagonismos, agudos y muy extendidos, hicieron que, por doquier, muchas tribus percibieran a los castellanos no como invasores, sino como libertadores susceptibles de subvertir órdenes a los cuales no querían seguir sometidos. Caso emblemá-

7 También incidía en su separación y desconocimiento mutuo las inmensas distancias, insalvables sin el caballo, traído por los europeos.

tico, por citar uno, es el de la toma de Tenochtitlan: más de cien mil indígenas tlaxcaltecas, texcocotecas, cholultecas, xochimilcatecas y otomíes, liderados por Hernán Cortés, se unen a menos de mil españoles y dan al traste con el Imperio mexica⁸. Tras el fragor de la batalla, ya en situación de clara victoria, los aliados indígenas de Cortés, contraviniendo sus directivas, decidieron vengarse con saña extrema de una centenaria opresión y su furia fue tal que los castellanos, horrorizados, nada pudieron hacer para detenerlos.

Jamás existió en América un infierno español. No vinieron los castellanos a violar, robar y matar, tal como flota en el imaginario colectivo del hispanoamericano común y de muchos españoles peninsulares. Vinieron a entregar su Dios, lo más alto que tenían. Vinieron a entregar su sangre en la unión carnal mestiza. Vinieron a reproducir Castilla en América sembrándola de ciudades y haciendo así una gigantesca transferencia de cultura y tecnologías. El 12 de octubre de 1504, hallándose gravemente enferma en Medina del Campo, Isabel la Católica dictó su testamento, documento que revela su preocupación por el destino de los indígenas. *La fe, la justicia y la dignidad marcan sus líneas y establecen un cuadro para la actuación de la Corona en América que permanecerá*. Movida por su profunda convicción religiosa, la reina encomienda a su hija, Juana, y a su esposo, Fernando, que «tengan siempre mucha atención a la exaltación y ennoblecimiento de nuestra santa fe católica, y a la conversión de los indios y naturales de las dichas mis Indias...». A causa de este mismo fervor religioso, Isabel no olvida la justicia y el buen trato que se les debe a los nativos y ordena «que procuren como lo hagan y cumplan con mucho cuidado y diligencia, y que no consientan ni den lugar que los dichos indios y naturales de las dichas Indias y tierra firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes...». En una muestra de avanzada sen-

8 Más conocido como Imperio azteca.

sibilidad para la época, la reina prohíbe su esclavitud y manda «... que los indios sean bien tratados, como lo mandamos, y no se consientan que reciban agravio en sus personas ni bienes, sino que sean favorecidos y amparados como vasallos y súbditos nuestros que son...». Pero fueron muy intensos los episodios iniciales de tanteo mutuo signados por las enfermedades, los choques, los forcejeos y las alianzas. Sin embargo, al cabo de pocas décadas, fue tomando forma un orden —ante todo pactado— en el que la Corona y la Iglesia fueron forzando, con éxito variable, a los indígenas a acatar mínimos religiosos —un Dios— y políticos —un rey—; y a los peninsulares inescrupulosos, que no escaseaban, a abandonar prácticas de abierta explotación y crueldad. En este sentido nos llega desde 1511 la voz de fray Antonio de Montesino ante colonos-conquistadores en Santo Domingo: «todos estáis en pecado mortal, y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas gentes inocentes. Decid: ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras...? Estos, ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís?». Fray Antonio viaja a España y, en un descuido del camarero real, logra colarse hasta los aposentos de Fernando el Católico, quien presta atento oído a su clamor y pasa a poner bajo el severo escrutinio de su Consejo y de una junta de teólogos y juristas «las cosas de Indias». Se afianza así, en el surco isabelino, una evolución insólita de la historia: *en un contexto mundial en el que la victoria implicaba el cautiverio o la esclavitud del vencido, el otro, el distinto, visto como aborrecible e inferior, pasa a ser un sujeto de derecho en pie de igualdad con el hombre blanco cristiano*. Hitos de esto son las Leyes de Burgos de 1512, las de Valladolid de 1513 y la controversia de Valladolid, entre 1550 y 1551, que llega incluso —hecho inédito— a poner en pausa la expansión de una potencia mundial en pleno apogeo mien-

tras se dilucidan asuntos teológicos, morales y jurídicos⁹. En este clima de debate está el origen neto de los derechos humanos, del derecho internacional, y, en lo que se refiere al Imperio, de una legislación concreta que habría de estabilizar un orden de siglos donde los indígenas encontraron acomodo. Bajo este orden unitario, global, estable y poderoso, realizamos la primera circunnavegación, generando así la primera globalización; fundamos y erigimos centenares de ciudades —plaza mayor, iglesia, cabildo, mercado— y las dotamos de hospitales, imprentas, universidades y escuelas; generamos —con epicentro en la actual Ciudad de México— una próspera red de alcance mundial con paz interna y costas protegidas, enlazada por conexiones marítimas, caminos seguros, correos fiables. Todo ello con un orden jurídico-institucional compartido, paz y estabilidad internas, demografía creciente, creencias compartidas, lengua vehicular y moneda única: un marco de prosperidad y poder que estaba dando muy cabales frutos en América... y que era urgente eliminar.

BASTA DE EVOLUCIÓN... ¡VIVA LA REVOLUCIÓN!

Inglaterra todo lo había intentado para acabar con el Imperio español: piratas, invasiones, contrabando, propaganda. Finalmente decidió infiltrar las élites blancas criollas ofreciéndoles apoyo de todo tipo —ideológico, diplomático, militar, comercial— para dejar atrás un orden supuestamente opresivo y caduco e ingresar, también supuestamente, a la prosperidad y la libertad de la mano de la Corona británica y el libre comercio. Para el éxito de esta estrategia fue clave la inconformidad de los criollos con las reformas borbónicas y la cortedad de miras de la Corona. Pero, sobre todo, el que fueran tiempos de revolución: las cabezas coro-

9 Al respecto, remito a la obra de Julio Henche sobre las leyes de Indias citada en las fuentes.

nadas podían rodar para dar lugar a un nuevo amanecer lleno de luminosas promesas altisonantes. Solo falta que Napoleón invada España para completar el coctel y que la centrifugadora se desate. Se sustituye así una aplomada y sosegada evolución ascendente por las «revoluciones» —sobresaltos erráticos y constantes— que nos rigen hasta hoy y cuyos frutos más cabales, signados por la orfandad y la alienación, son la inestabilidad, la irrelevancia, la pobreza y la hegemonía mundial anglosajona, hoy vacilante.

La madre de las revoluciones en el seno del Imperio fue la que personalmente llamo Guerra Civil de Secesión y Fragmentación, llamada tradicionalmente «de Independencia hispanoamericana». Es de resaltar que el rótulo «de Independencia» no es descriptivo, sino propagandístico. Al quedar separados en veinte fragmentos, pasamos de ser españoles relevantes y relativamente autónomos respecto a los otros grandes poderes, a ser una multitud de nuevos gentilicios inventados a la carrera, impotentes, periféricos y dependientes. Más descriptiva —osamos pensar— es la designación que proponemos: Guerra Civil de Secesión y Fragmentación. En efecto, se trató de una guerra civil —éramos todos españoles— de secesión —se logró separarnos del Imperio— y de fragmentación —la separación conllevó el saltar en muchos pedazos—. Quienes en esta guerra batallaron en el bando triunfante —secesionistas— se autodenominaron patriotas, pero en realidad destruyeron nuestra patria, la casa sólida y grande, y nos arrojaron a una intemperie de construcciones exiguas y precarias que no nos han dado abrigo ni estabilidad hasta el día de hoy. Y lo más grave: dos siglos de administración secesionista han logrado instalar en el imaginario colectivo hispanoamericano el ciclo de las «independencias» como mito fundador: un conjunto de hechos de heroicidad ilimitada llevados a cabo por seres en los que convergen un coraje, un desprendimiento y una inteligencia sin límites. La mítica guerra «de Independencia» cabalga y se entrecruza con otras dos falsificaciones que ya hemos señalado: el Paraíso precolombino y la leyenda negra. Los «liber-

tadores» —los jefes secesionistas— no son seres humanos en pos de intereses específicos, no: son ángeles justicieros¹⁰ que vinieron a expulsar los demonios españoles para llevarnos de vuelta al Paraíso.

SI CAE LA LEYENDA NEGRA, REAPARECE LA UNIDAD

Nuestra fragmentación en más de veinte entidades políticas atacó e intentó borrar el factor hispánico en América con especial ahínco y por todos los medios: se trataba de erigir un orden separado en lo político y nuevo en lo cultural. Por ello se ignoró —y se ignora— de manera consciente, tanto la realidad precolombina como la realidad imperial. Por ello no se vaciló —ni se vacila todavía hoy— en resaltar, magnificar e incluso inventar —con mirada sesgada, no comparativa y absolutamente anacrónica— los episodios de violencia, inexorables en cualquier expansión de la época. Solo así se pudo consumir una brutal automutilación y glorificar a los amputadores.

Debemos despojar nuestra historia de las deformaciones que da por buenas el ciudadano común. Ello pasa por la forja de una imagen cabal de la herencia hispánica en América: *es nuestro factor principal y nuestro único elemento realmente compartido*. Principal, porque de ella derivamos los códigos esenciales y fundantes: lengua y creencias religiosas, con su densa estela de cultura y tradiciones. Única común, porque si bien nos enorgullecen las herencias diversas —esencialmente la indígena, la africana y la proveniente de otros múltiples puntos de Europa dis-

10 La figura de los «libertadores» en las repúblicas hispanoamericanas se reviste de características casi divinas en sus mitos fundacionales. Esta idealización presenta similitudes con la imagen del arcángel san Miguel, muy popular en Hispanoamérica. Los «libertadores» y el arcángel se fusionan como arquetipo: son guerreros, luchan por la libertad, defienden a los oprimidos, traen la luz del progreso, se inscriben en un designio superior y tienen mandato celestial.